

# EL LIBRO DE LAS TINIEBLAS

PEDRO HERRASTI

# EL LIBRO DE LAS TINIEBLAS



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Enrique Iborra

Primera edición: abril de 2013

© Pedro Herrati, 2013

© de la traducción: Gregorio Cantera, 2013

© de la presente edición: Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C  
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires  
Tel. (11) 43 933 432  
Argentina  
E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-6255-8

Impreso en Nexus/Larmor

Depósito legal: B. 8817-2013

Impreso en España

## PRÓLOGO

*Nordlingen, Baviera  
Mediodía, 6 de septiembre de 1634*

—¡Aquí hemos venido a morir!, al primero que dé un paso atrás me lo cargo. Quien no tenga lo que hay que tener, sepa que no vivirá para contarlo. Recordad: sin riesgo no hay gloria —gritó el sargento mayor Ramírez mientras recorría las filas de piqueiros, empuñando amenazante su pistola de rueda.

Avanzaba con paso enérgico entre los hombres dispuestos a un codo de distancia, firmes y disciplinados a pesar del agotamiento por el combate. Se abría camino entre la tropa vestida con ropas deslustradas, cubiertas de barro y sangre seca, al igual que las corazas, cascos, picas, mosquetes y espadas que formaban una muralla de carne y hierro que los suecos no habían podido quebrar. La temible formación de los tercios españoles sobrecogía con sus armas y estandartes desplegados, pero lo que realmente helaba la sangre era la mirada febril de los soldados, una mezcla de odio, temor y audacia que Ramírez esquivaba en su marcha.

Al pasar a su lado Gonzalo miró el rostro iracundo del sargento, al que le cruzaba un chirlo bermejo que iba a morir en sus labios. Los mismos que no habían dejado de dar órdenes des-

de que, nada más amanecer, los herejes atacaran esa maldita colina de Albruch, la posición clave en el despliegue del ejército hispano-austríaco, que tanta sangre estaba costando mantener. Desde entonces se habían sucedido ya catorce asaltos y, a pesar de ello, no cejaban en su esfuerzo por hacerse con el altozano.

El estallido de una granada de la artillería sueca sólo una docena de pasos más allá de donde estaba Gonzalo alcanzó de lleno a Ramírez, que cayó muerto con el pecho empapado en sangre sin que le diera tiempo a articular un lamento. Los piqueros cerraron filas y cubrieron el hueco abierto por la explosión mientras comprobaban la verdad de las palabras del sargento: estaban allí para morir y muchos desearon un fin como el suyo, tan rápido que no daba tiempo ni para sentir el dolor o comprender que la vida llegaba a su fin.

Tras esa última descarga el bombardeo pareció cesar, dando un breve respiro a los soldados. Todos sabían que, de mantenerse la calma, aquello era sólo el preámbulo para el temible ataque de la infantería sueca, esos hombres que en los últimos años asombraban a Europa consiguiendo victoria tras victoria para la causa luterana.

Los españoles habían aguantado durante cinco largas horas las granadas de los cañones, las cargas de la caballería, las embestidas de las picas, las cuchilladas de las espadas, y lo habían hecho impertérritos, firmes, sin ceder ni un palmo de terreno. Demostrando que las picas de veinticinco palmos de fresno eran duras, pero no tanto como los hombres que las manejaban. No se equivocaba el cardenal infante Fernando de Austria al mandar al nervio de su ejército, es decir, los temibles tercios españoles, a ocupar la cima de la colina.

A pesar de todo, nadie que observara a esos soldados podía ignorar que sus fuerzas iban mermando y las hileras de soldados eran cada vez más ralas, como atestiguaba el barro colorado bajo sus pies, que emanaba el olor dulzón de la sangre.

De momento, el bombardeo había finalizado y por un instante pareció reinar la paz en el formidable cuadro del tercio español erizado de picas, mosquetones, arcabuces, alabardas y estandartes entre los que se distinguía la temible cruz de San Andrés, esas aspas rojas que se alzaban sobre el cielo azul, al igual que tantas otras veces, como rayos ardientes de sangre e ira dispuestos a desafiar la amenaza del turco, el hereje, el francés y todos los enemigos de España y la fe católica.

A pesar del silencio de los cañones, un intenso olor a pólvora dominaba la colina, pero a nadie le desagradaba puesto que amortiguaba el hedor que empezaban a despedir los cadáveres, mezclado con el áspero tufo de los coletos de cuero y el sudor frío de los hombres enfrentados a la muerte.

El sosiego quedó interrumpido cuando volvió a escucharse la descarga de un par de cañones suecos. Una de las bombas cayó en tierra de nadie, pero otra fue a dar sólo dos filas por delante de donde se encontraba Gonzalo. El estallido de la granada levantó un remolino de tierra y un fuerte estruendo al que siguieron los gritos de dolor de los heridos. El aire se volvió ardiente mientras los infantes trataban de aclarar los ojos enturbiados por el polvo.

Su amigo Alonso, el piquero que estaba a su derecha, había caído y Gonzalo le ayudó a incorporarse del suelo.

—No me pasa nada, sólo he resbalado, pero no sé si vamos a salir de esta —dijo Alonso con un susurro de desaliento.

—Saldremos, ya lo verás —aseguró Gonzalo con una certidumbre que no sentía—. Si los rechazamos ahora, será el fin, ánimo.

—Maldita la hora en que sentamos plaza en este tercio —gruñó Alonso—, más nos habría valido quedarnos holgando bajo el sol de Nápoles.

—Lo hecho, hecho está —concluyó Gonzalo.

Desde luego, él llegó a la misma conclusión, pero si las

cosas venían así, poco se podía hacer. Ambos habían trabado una fuerte amistad durante sus andanzas en Nápoles, aquella soleada ciudad que ahora parecía tan lejana. Tan inseparables eran que decidieron unirse al ejército para huir de las deudas y la mala fortuna. Sin embargo, ese designio tomado bajo el sol radiante del sur les había llevado hasta la húmeda Baviera, atravesando los hielos de los Alpes para enfrentar a la muerte en el renombrado tercio de Martín de Idíaquez, formado en su mayor parte por veteranos bregados en mil combates.

Pero ni para ellos el momento era fácil; de hecho, era casi tan arduo como la misión que tenía encomendada el ejército: abrirse paso como pudiera desde Milán hasta Flandes para socorrerlo, siguiendo el camino español, la vieja ruta establecida por el duque de Alba y cortada por los luteranos en aquellos tiempos de tribulaciones.

Aunque las circunstancias amilanaban hasta al más bravo, a Gonzalo no dejó de sorprenderle la actitud desesperanzada de Alonso. Por lo general era un hombre resuelto, aunque muy diferente a muchos otros que había conocido al servicio del rey. Él no era de esa turba de desesperados, bribones o aventureros de la que se alimentaban las filas de los tercios; por el contrario, Alonso era lo que se llamaba un soldado reformado, es decir, un hidalgo que luchaba como simple tropa en espera de mejor destino. Siempre le gustaba dejar esto claro, y tal vez por eso lucía con orgullo su bigote aristocrático a juego con un elegante capotillo de mangas perdidas.

El sonido de cornetines en la llanura le hizo apartar la mirada de su amigo para observar cómo las líneas de infantería sueca formaban con parsimonia de nuevo, esperando la señal de comenzar la carga que debía ser la definitiva. Los regimientos luteranos ofrecían un aspecto impresionante y extraño, puesto que los suecos habían concebido la peregrina idea de que todos los soldados vistieran de manera uniforme y allí estaban

esas tropas ataviadas con las mismas prendas en las que sólo variaba el color, unos de negro y otros de amarillo, que los identificaba como la elite del ejército sueco, los fieros soldados que se habían reservado para el momento decisivo.

Gonzalo podía observar con claridad las líneas de hombres rubicundos, fuertes y de elevada estatura curtidos en la guerra. Todos ellos comenzaron a avanzar tras escuchar la orden de sus oficiales, justo antes que el sonido retumbante y rítmico de los tambores y los pífanos los ahogara.

Los soldados del tercio supieron al instante que esa carga era la decisiva, el momento en que se zanja la suerte de una batalla, así que se aprestaron a encarar ese mar de hierro, pólvora y muerte que se abatía sobre el tercio español.

\* \* \*

Las cajas de los tambores retumbaban marcando la marcha y su redoble se oía cada vez más cercano. Gonzalo vio cómo las filas de soldados se aproximaban con sus picas enhiestas y el paso firme, a pesar de que la ladera estaba repleta de picas desmochadas y caballos e infantes muertos o moribundos como consecuencia de las cargas anteriores. Aquellos hombres avanzaban decididos, con la cabeza erguida y los estandartes al frente, sin importarles el estallido de las granadas de la artillería, ni el fuego de los mosquetes y arcabuces, ni siquiera los gritos de los heridos que imploraban inútilmente a sus pies antes de ser aplastados. Nada parecía capaz de detener su paso.

Los españoles habían dispuesto sus arcabuces y mosquetes para recibirlos apoyados en sus horquillas y con las cuerdas encendidas. Un capitán con su sombrero de alas bien ceñido dio la orden de fuego, y las mangas de mosqueteros y arcabuceros españoles hicieron una descarga a tan poca distancia que el efecto fue demoledor; más aún cuando a ésta siguió otra an-

danada, pero la lluvia de plomo sólo detuvo el avance durante unos instantes.

Gonzalo advirtió con estupor cómo, entre el humo provocado por la escopetada, la recia formación seguía avanzando y fue entonces, entre el murmullo de centenares de oraciones, cuando oyó la orden de «picas» y todos los hombres las bajaron a un tiempo para convertir el cuadro en un mortal erizo a la espera del enemigo.

\* \* \*

Sintió el paladar seco y un vacío en el estómago cada vez más agudo a medida que se acercaba el choque de los mejores soldados de Europa. Cuando el asalto era inminente, se hizo un silencio que estalló con un rugido bestial al colisionar las dos formaciones. El campo de batalla quedó dominado por un estrépito metálico de hierros, gritos de ánimo o desesperación, de lamentos y gritos agónicos. Muchas picas resultaron desmochadas o inútiles al empalar a algún enemigo en el primer embate. La arremetida fue terrible, las primeras líneas del tercio español cayeron víctimas de la pavorosa avalancha sueca. Sin embargo, los españoles morían pero seguían sin ceder un palmo, pues el espacio que dejaba un muerto era ocupado por otro dispuesto a que los herejes se quedasen donde estaban o fueran a ocupar su lugar en el infierno.

Tras el brutal choque, los suecos asieron la punta de las picas para inmovilizarlas y tratar de abrirse paso acuchillando sin piedad a los españoles. Gonzalo tiró la pica rota y ya inútil para empuñar su espada y la daga de mano izquierda con el fin de enfrentar a un hereje rubicundo que se le venía encima. Detuvo los golpes del nórdico con su acero y clavó la daga en el vientre del protestante, que profirió un lamento grave y profundo antes de morir.

Ese fue el primer enemigo que derribó al comenzar el asalto, antes de que las filas ordenadas se convirtieran en un caos de hombres enloquecidos que buscaban a un tiempo dar muerte y salvar sus vidas. Los combatientes de ambos bandos caían sumergidos en un frenesí de violencia, locura y sangre del que Gonzalo despertó al ver a Alonso en el suelo a punto de ser eliminado por un sueco.

Sólo tardó un instante en interponerse espada en mano entre su amigo y el hereje. El rival era un gigantesco oficial pelirrojo que portaba una brillante gorguera metálica y mostró una sonrisa retadora mientras le encaraba.

Ambos tenían la frente sudorosa e intercambiaron una mirada de odio antes de embestirse. Al chocar las espadas, Gonzalo percibió que el luterano era un hombre bastante más fuerte que él, no en vano le sacaba la cabeza; sin embargo, la fuerza era una ventaja que quedaba compensada por la mayor habilidad con la espada del español.

Los golpes del sueco eran enérgicos pero pesados, como sus mismos movimientos. Por el contrario, Gonzalo detenía sus estocadas y las devolvía con un peligro tangible para el sueco, que vio como un tajo le hería un brazo.

Tras la primera embestida, ambos rivales volvieron a mirarse mientras resoplaban y tomaban aliento. A su alrededor los hombres mataban y morían, pero el estrépito de aceros chocando, gritos, lamentos y órdenes no afectaba a los contendientes, para quienes su rival era ahora el único enemigo a batir.

Volvieron a lanzarse al ataque y los mandobles del sueco hicieron retroceder a Gonzalo hasta que tropezó con Alonso, que seguía caído en el suelo. El sueco aprovechó su desconcierto para lanzar una estocada que le atravesó el costado, pero la dio con tanto brío que uno de sus pies resbaló y se vino al suelo.

Gonzalo corrió a abalanzarse sobre él para ultimarle de dos puñaladas, que le provocaron un vómito de sangre antes

de que pasara a mejor vida. Después intentó levantarse pero no pudo, la herida le sangraba demasiado, así que Alonso se reincorporó para tratar de cerrarle el tajo haciendo un improvisado vendaje que cortase la hemorragia.

A su alrededor el ímpetu inicial de los herejes desaparecía poco a poco. Los hombres siguieron acuchillándose y combatiendo cada vez con más desánimo, mientras el suelo se cubría de muertos o heridos que suplicaban ayuda. Entre el tumulto de gritos destacaban las voces de los oficiales españoles, que ordenaban una y otra vez cerrar filas.

Las espadas cubiertas de sangre, las corazas agujereadas, los morriones caídos y la muerte que se veía por todas partes podían espantar a cualquiera, pero no a los veteranos de los tercios, que se afanaban en obedecer y cubrir huecos aniquilando a todo aquel que tratara de adelantar un paso.

A pesar de la tenacidad de ambos bandos, las acciones de los soldados se fueron haciendo más lentas debido al agotamiento. Los suecos, a pesar de su ardor, no podían avanzar un palmo, y en algún momento debieron de comprender que no serían capaces de echar abajo esa muralla de hombres morenos y nervudos que más parecían diablos surgidos del infierno que seres humanos. Es más, como no cejaban de hacerles frente y su posición era cada vez más expuesta, empezaron a vacilar y al poco la formación sueca comenzó a desmoronarse.

Los oficiales luteranos ordenaron la retirada, con el fin de conservar lo que quedara de aquellos regimientos. Sin embargo, los españoles tenían otros planes, ya que al ver que principiaban a recular recobraron de manera increíble su vigor y ánimo tras tantas horas de combate. Sabían que ese era el momento para acabar de una vez con todo el sufrimiento que habían soportado, la hora de devolver todo ese daño y, a la vez, la ocasión para hacerse con un buen botín si se alzaban con la victoria.

De las líneas españolas surgió como si fuera una sola voz

el temido grito de guerra de la infantería española “¡Santiago cierra España!”, la señal para lanzarse tras esos hombres que habían ascendido la colina con la determinación del vencedor y ahora comenzaban a bajarla con el pánico de los vencidos.

El cuadro del tercio comenzó a deshacerse de manera lenta para perseguir a los regimientos suecos, acosados por el espectro de la derrota y la muerte encarnado en esos soldados de mirada oscura e ira incontrolable.

\* \* \*

Gonzalo no pudo participar en la última carga, que estaba a punto de dar la victoria a los imperiales. Permanecía en el suelo revuelto por las miles de pisadas de los soldados y bermejo por la sangre. Alrededor estaban los cuerpos encogidos de dos muertos y un poco más allá un sueco herido que suplicaba con voz trémula. Sin embargo, Gonzalo no profería un lamento o queja, se limitó a mirar a su amigo Alonso, que acababa el vendaje para contener la hemorragia.

–Llevabas razón, hemos salido de ésta –comentó recogiendo la espada del suelo–. La victoria es nuestra..., aunque mucho me temo que no nos tocará gran cosa del botín.

–Te lo dije, hombre de poca fe –respondió Gonzalo–. En cuanto a lo del botín, yo no puedo pero tú no debes dejar pasar la oportunidad. Estoy bien y una oportunidad como ésta no se presenta a menudo.

–Me has salvado la vida y eso te lo pagaré algún día –dijo Alonso, levantándose para participar en la persecución y saqueo.

El rostro de su amigo aparecía ennegrecido debido a la tizne de la pólvora, pero eso destacaba aún más el rojo de la sangre que manaba de un tajo que le cruzaba la mejilla derecha y que le dejaría una hermosa cicatriz.

## PRIMERA JORNADA

*Posada de El León de Oro, Cava Baja  
Amanecer, 1 de diciembre de 1662*

A pesar del tiempo transcurrido, no le costó reconocer la llamativa cicatriz en el rostro de su viejo amigo Alonso. Más difícil era saber cuántos años habían pasado desde la última vez que vio esos rasgos, pero sin lugar a dudas aquel hombre era el compañero de sus correrías de juventud: bastaba ver ese surco que le cruzaba el semblante como recuerdo aquel día ya tan lejano en las cercanías de Nordlingen.

No era la única traza reconocible, pues las facciones permanecían casi intactas; percibió algunas arrugas en torno a los ojos y la frente, pero salvo por un gesto de amargura o decepción que se dibujaba en sus labios era, sin lugar a dudas, la misma cara. Apenas había perdido ese pelo revuelto y negro que le era tan propio como sus ojos de un azul acerado. La única diferencia apreciable era la pérdida de su elegante bigote, desaparecido junto con su juventud. Gonzalo no pudo dejar de pensar que él se conservaba bastante peor. Por el contrario, su antiguo compañero de armas parecía haber firmado un pacto con el diablo para preservar su juventud. En cualquier caso, de poco le había servido, porque estaba muerto.

Así lo atestiguaba su mirada azul, ahora petrificada y blanquecina, que se perdía en las vigas del techo de la habitación de la posada donde le habían encontrado. Yacía sobre la cama con las manos cruzadas, en la misma postura sosegada y formal que se dispone un cadáver en el ataúd para un velatorio. Pero el efecto decoroso de todo aquello quedaba disipado al advertir que del pecho surgía una estaca de madera que le atravesaba el lado izquierdo, justo sobre el corazón, de donde surgía una mancha roja que cubría la manta y los lienzos con sangre reseca.

Éste era sólo uno de los aspectos siniestros de la estancia; a pesar de que acababa de amanecer, la única ventana permanecía cerrada sumiendo así a la habitación en una oscuridad tenebrosa. Aunque era una posada destinada a gente con posibles, no disponían de esos cristales que sólo se veían en algunos palacios y la estancia permanecía sumergida en las penumbras que tres velas apenas disipaban. Sólo se entreveía con claridad el cadáver y la horrorosa herida provocada por la clava.

Gonzalo tomó un candelero para acercarlo al rostro del cadáver. Visto desde cerca no le quedó la menor duda de su identidad. Alonso había envejecido bien, pero aun así no dejó de sorprenderle el aspecto pálido y demacrado de aquel hombre que no llevaba demasiado tiempo muerto. Esas ojeras negras, que resaltaban sus ojos azules abiertos a la muerte, le daban un aspecto sobrecogedor, no sabía bien si de ser maligno o de aparición sobrenatural.

En ese momento descubrió algo inquietante: alrededor de la garganta Alonso tenía un corte que marcaba un círculo rojizo. Al mirarlo con más atención, se dio cuenta de que alguien había cercenado la cabeza de su amigo para ponerla de nuevo sobre el cuello. Tan extraña como la forma de la muerte era la manera en que el asesino disponía al difunto, con una dignidad contrapuesta a la maldad de la ejecución del crimen.

El corchete que le había ido a buscar a su alojamiento en

la calle de las Damas se limitó a contarle que un fámulo de la posada El León de Oro había descubierto el cadáver en una de las habitaciones. Desde luego, se sorprendió de que requiriesen su presencia en aquel lugar, fuera ya del barrio donde desempeñaba sus funciones, pero tuvo que acudir cuando escuchó que era una orden directa del alcalde de Casa y Corte. Ese asesinato le correspondía a su amigo Ramiro, un alguacil veterano y de más rango que él. Gonzalo sólo se limitaba a tener firmes a los rufianes y rameras de la calle de las Damas, célebre por estar repleta de mancebías, tabernas y casas de juego.

Aquel asunto le pareció siniestro, pero lo más insoporable de todo era el olor que había en el cuarto. Una peste fétida a podredumbre humana. Si no fuera por el aspecto intacto de Alonso, podría decirse que llevaba mucho tiempo muerto y que ahora la putrefacción recuperaba el tiempo que se le había robado.

Se alejó unos pasos de la cama y observó la habitación. Era amplia, sobre todo para esa ciudad donde tantos hijos suyos se hacinaban en covachuelas, sótanos y cuchitriles, buscando como podían cualquier cobijo. El que la estancia fuera espaciosa y hubiera pocos objetos destacaba aún más las manchas de sangre del suelo. Las primeras surgían a pocos pasos de la puerta y se iban haciendo más grandes al acercarse a la cama, para finalizar en un gran charco a los pies de la misma.

Junto a la puerta había una silla de mimbre donde Alonso dispuso las ropas que llevaba antes de meterse en la cama: botas altas de cuero, unas calzas y un elegante capotillo, todo ello de color negro. Entre tanta oscuridad destacaba una bella espada ropera colgando de su talabarte, que Gonzalo se apresuró a admirar. Tenía una buena guarnición de taza acompañada de alargados gavilanes. La sacó de su vaina para contemplar su hoja larga y bien templada. Una buena arma a la que sin duda Alonso había sacado partido en los momentos de ne-

cesidad. Pero eso, más que aclarar algo, planteaba otro enigma: ¿cómo un viejo soldado se dejó sorprender y matar cuando tenía un acero a mano?

Unos pasos más allá había un cofre de viaje de tamaño medio cuyo cuero aparecía bastante gastado. Afortunadamente, no tenía cerradura y las correas y hebillas estaban abiertas. En su interior vio un par de camisolas, otras calzas, unos pliegos de papel y un recado de escribir con su recipiente de tinta, plumillero y arenilla para secar la tinta. Todo estaba revuelto, por lo que supuso que alguien había fisgoneado en busca de algo. Muy cerca de la cama se hallaba un brasero de cobre en el que aún se consumían algunas ascuas y, apoyado contra la pared, un saco casi repleto de carbón.

Mientras Gonzalo examinaba la estancia, el corchete que le había acompañado hasta allí permanecía ocioso en el dintel de la puerta, mirando con extrañeza los movimientos del alguacil mientras fumaba una pipa. Era un hombre maduro y de una extrema delgadez en cuyo rostro, marcado de profundas arrugas, se percibía el porte imperturbable de los campesinos.

–Abrid la ventana a ver si entra algo de luz y desaparece esta peste –dijo Gonzalo.

–Pues está bueno el día para andar abriendo ventanas con el frío que hace –respondió refunfuñando el corchete.

–Haced lo que os ordeno; más vale pasar algo de frío que aguantar esta fetidez –insistió.

–Bueno, si vos lo decís, señor alguacil, abriremos aunque nos muramos de fiebres, que con las corrientes ya sabe uno que cosas buenas no pasan.

El corchete dio una calada profunda a su pipa y echó una espesa nube de humo antes de dirigirse al ventanal y abrirlo. En ese momento apareció Ramiro Valdivieso, el alguacil del barrio, un hombre con el que Gonzalo compartía oficio, amistad y gusto por las noches de farra.

Tenía la barba recortada, canosa y con un bigote grueso que trataba de ocultar su malograda dentadura, de la que apenas restaban media docena de dientes. Tal vez para combatir este mal efecto vestía un elegante herreruelo, a pesar de que ni lo fresco del día ni la hora se prestaba al uso de esa capa corta.

–Gonzalo, no sabes cuánto me alegro de verte.

–No puedo decir lo mismo, menuda muerte me has preparado. Tú me dirás qué hago aquí, sabes que éste no es mi barrio, ni ese hombre mi muerto.

–En una cosa sí llevas razón: menuda muerte –dijo Ramiro, mientras cubría el cadáver con una manta–. Dios le tenga en su gloria o el diablo en su compañía, que en estos tiempos no hay que poner la mano en el fuego por nadie.

–No me has respondido, ¿por qué me has llamado?

–Tal vez para que des una última despedida a tu amigo, porque no negarás conocer a este hombre, ¿no es así?

No supo qué decir. Si la muerte de Alonso resultaba extraña, más aún le sorprendía que le asociaran con él, porque esos años de juventud ahora parecían muy lejanos.

–Bueno, ¿qué dices? Parece que un gato se te ha comido la lengua –dijo sonriente Ramiro–. Mal asunto: cuando uno calla es que tiene mucho que ocultar.

»Esta es una buena ocasión para hablar, pero, sin duda, será mejor que me lo cuentes abajo, sentados en una mesa con un vaso de vino. Aquí con el cadáver y esta peste, no hay Dios que aguante.

–¿No me estarás acusando de algo? –preguntó Gonzalo, clavando su mirada en el alguacil.

–¿Acaso no somos amigos? Vamos, sólo quiero hacerte unas preguntas mientras tomamos un buen vaso de tinto y me sales con esas. Acompáñame y dejate de suspicacias.

Ramiro hizo un gesto no se sabía bien si burlón o respetuoso indicando la puerta. Gonzalo salió de la habitación para

encaminarse hacia el pasillo y descender la escalera que bajaba hacia el bodegón de la posada.

\* \* \*

En la sala rectangular se disponían media docena de mesas alargadas con sus bancos. Las paredes y el techo tenían un color ocre debido al humo de las velas que iluminaban a los pocos clientes despiertos a esas horas. Un par de hidalgos con sus mejores prendas, tal vez pretendientes de alguna merced de la corte, miraban molestos a un comerciante en paños que explicaba al criado cómo debía disponer las mercancías en la mula. Apartado de ellos, un hombre solitario consumía cabizbajo su aguardiente en silencio. Todos ellos tomaban licores para combatir el frío acompañándolo de algunas frutas escarchadas que llenaban el estómago.

Los alguaciles se sentaron en los bancos de la mesa más lejana a la puerta, por donde entraba la escasa luz del amanecer junto con un aire gélido. Gonzalo encendió un candil que permitió ver las manchas de los círculos de los vasos de vino sobre la madera.

—Tabernero —dijo Ramiro a un muchacho que limpiaba una de las mesas con un trapo mugriento—, tráenos algo de orujo a ver si con esas espantamos un poco este frío, que más parece que estamos en la serranía que en una posada de la villa de Madrid.

El fámulo apareció casi al instante con una frasca y dos vasos. Debía de conocer al alguacil, pues encendió un pebetero en un intento de ocultar el tufo agrio que imperaba en el local.

—Gracias, muchacho, veo que sabes tratar bien a los hombres de la justicia —aseguró Ramiro, mientras echaba al suelo algunas migas que permanecían sobre la mesa—. Bueno, Gonzalo, vamos a dejar claras las cosas. ¿Qué tienes que ver con ese hombre?

–La respuesta es sencilla: nada –respondió antes de echarse al colete un buen trago de aguardiente.

–¿Nada? Curiosa respuesta. Él parecía conocerte bastante bien. En fin, Gonzalo, cuéntame algo..., no sé, por ejemplo, ¿cuándo fue la última vez que lo viste con vida?

–Si te digo la verdad, hace tanto tiempo que ni me acuerdo, supongo que casi veinte años. Alonso era hidalgo y estudió medicina en Alcalá de Henares por algún tiempo, pero le atraían más las armas, las aventuras y la gloria que los libros. Al final acabó como soldado, y juntos vagabundamos durante un tiempo por Italia, ya sabes, Nápoles, Milán y para rematar Flandes. Nos alistamos en el tercio de Martín de Idíaquez y combatimos en la batalla de Nordlingen. Allí nos separamos, fui herido y tuve que permanecer en un hospital de Milán. Alonso continuó con el resto del ejército hasta Flandes. No le he vuelto a ver hasta hoy. A pesar de que una vez restablecido me enviaron también a aquel maldito lugar, nunca habíamos vuelto a coincidir... hasta hoy.

–Una larga amistad, por lo que veo... Ya se sabe, hay grandes amistades que acaban en odios más fuertes aún –aseguró Ramiro, esbozando una sonrisa irónica.

–¿Qué quieres decir? Cuida tu lengua, y si tienes algo de que acusarme, dímelo de una vez.

Ramiro sacó una pipa y comenzó a cargarla con parsimonia.

–Te veo un poco nervioso y la verdad es que no me extraña. Si yo estuviera implicado en un asunto tan feo como éste también lo estaría.

Guardó silencio para encender la pipa y dio una gran calada a la que siguió una nube de humo oloroso.

–Lo que me extraña es que el único sabedor de esa historia yace muerto en esa habitación, así que ahora es mi turno de preguntar –dijo Gonzalo–. Eres mi amigo, pero mi paciencia tiene un límite. ¿Por qué me vinculas con este hombre?

—Calma, calma, te explicaré lo que sé y así ese genio tan vivo se aplacará. ¿Qué sabemos de este hombre? Poca cosa. El fámulo que lo descubrió, ese de ahí —dijo señalando con la pipa al muchacho que les había servido—, no sé si es medio tonto o se lo hace, pero sólo lleva tres semanas trabajando aquí. Tu amigo Alonso llevaba casi un mes viviendo en la posada. En ese tiempo estuvo encerrado en esa habitación donde ha acabado sus días. Al pasar esta mañana por el pasillo, el zagal vio que la puerta estaba entornada, entró y se lo encontró tal como lo has visto.

»Tal vez la única persona que puede aclararnos algo más este lío es el posadero, pero está ausente. Por lo visto, ha enviudado hace poco y el pobre hombre ha tenido a bien consolar su dolor con algún cuerpo cálido, joven y complaciente. No me extrañaría que una de las mancebías de tu afamada calle de las Damas le acoja en este momento. Así que, hasta que no aparezca, poco más podemos averiguar.

—Vaya muerte, extraña y brutal —dijo el corchete, escupiendo al suelo—. Un cristiano no merece acabar así.

—Dices bien, Paco —continuo Ramiro—. Ya ves cómo están de revueltas las cosas en el mundo que la gente incluso para matarse recurre a palos afilados.

—De todo ha de verse en esta vida de Dios —añadió Gonzalo.

—Paco —ordenó Ramiro al corchete—, ve al cuartel de Santa Cruz e informa al alcalde de Casa y Corte de la extraña muerte de este hombre.

—En un momento estaré allí —respondió—, aunque poco apetece andar por las calles con la fresca que está cayendo.

Dicho esto, se ajustó una capa raída por el uso con más zurcidos, agujeros y remiendos que las finanzas del rey Felipe. Una vez hubo salido, Gonzalo dirigió una mirada desconcertada a Ramiro.

–¿No me habías dicho que mi presencia aquí era una orden del alcalde de la Casa y Corte?

–Siento desilusionarte, pero mucho me temo que tan alto cargo nada sabe de tu existencia, pero si uso su nombre es para asegurarme de tu presencia en un asunto que te atañe. Si he despachado a Paco no es para que el alcalde de Casa y Corte sepa de un asesinato que poco le interesará, lo que deseaba era hablar en privado.

–Suelta lo que tienes en mente y aclárame de una vez cómo me tienes relacionado con el muerto.

–Quien nos puso sobre tu pista ha sido Alonso. Ya habrás visto que registré sus pertenencias. En su cofre había una bolsa con unas cuantas monedas que servirán para pagarle el entierro y sacar una modesta recompensa por mis esfuerzos. No era ninguna fortuna, algunas de las monedas no sé ni qué hacer con ellas, pues son italianas, tudescas y turcas. Sin embargo, lo importante es esto –dijo sacando una papel de su jubón–. Es posible que no sepas nada sobre él desde hace mucho tiempo, pero parece que él no te olvidó. Lo encontramos en su arcón. Como puedes ver, sabía muchas cosas sobre ti.

Gonzalo observó el pliego en el que estaba escrito su nombre y cargo en elegante caligrafía. Lo cogió para leerlo con una mezcla de asombro e inquietud.

Viejo amigo, nunca olvidé aquel lejano día en que me salvaste la vida en Nordlingen. He sabido de ti hace poco, el azar me colocó tras tus pasos, aunque mucho me temo que nuestras vidas no se vuelvan a cruzar nunca más. Sé que voy a morir. Son muchos los peligros que me amenazan y desconozco cómo esquivarlos. Estoy preparado para partir. Nunca cumplí mi promesa de recompensarte por salvarme la vida y sé que si no la hago efectiva ahora no la haré nunca.

Te hago heredero de mis pertenencias en la villa de San Martín de Valdeiglesias. Pregunta por la casa de Pedro Vargas; si bien no es propiedad mía, todo lo que hay allí te pertenece desde este momento. Es posible que te parezca un humilde legado, puesto que mi vida ha sido tan aventurera como poco próspera. Busca *La Clave de Salomón* y encontrarás algo que te puede dar buenos réditos.

Un último consejo: sé cauto, pues a partir de ahora deberás tener los ojos bien abiertos. Me despido de ti, confiando en que tengas más fortuna que yo. Recuerda aquella frase que tanto se oía en los tercios: sin riesgo no hay gloria. Si aceptas mi legado tendrás lo primero seguro y es muy posible que lo segundo. Aquí tienes la llave de esa casa. Espero que te abra la puerta a un futuro mejor.

Gonzalo levantó la mirada de la misiva para observar como Ramiro dejaba una llave sobre la mesa.

–Tú me dirás –dijo Ramiro antes de dar otra calada a su pipa–. Por si fuera poco misteriosa la muerte, imagínate lo que pensé cuando leí esto. En fin, espero que nadie reclame el cadáver, o se interese en este asunto. Para mí la cuestión está acabada, pues por extraño que sea, este asesinato sólo es uno más de los crímenes que se cometen en Madrid. No es un noble ni alguien importante; o sea, no le importa a nadie. Si te entrego esta carta es porque me parecía que debes saberlo.

El alguacil tomó la llave y la sopesó, gruesa y pesada; sin duda, debía pertenecer a una casona bastante grande.

–Soy tu amigo y me vas a permitir un consejo –continuó Ramiro–: No vayas a ese pueblo perdido. En la carta Alonso te advierte que la casa no es suya y, sin duda, esto debe de ser lo de mayor valor. No te hagas ilusiones, sólo vas a encontrar

algunas pertenencias por las que apenas podrás sacar unos escudos.

»Eso por una parte. Por otra, te advierte de peligros. Desconozco cuáles serán, pero a él le costaron la vida. Hazme caso, no aparezcas por ese lugar. Tira la carta y la llave, y después olvídate de este asunto.

»No se me escapan tus cuitas con esa mujer, Isabel se llama, ¿verdad? Estoy al tanto de lo mucho que te gusta y lo importante que sería contar ahora con algo de dinero para tratar de emprender una vida en común. Sin embargo, habrá mejor manera de solucionarlo que meterse en esto que tan mal me huele. Tú decides.

Ramiro lanzó una nube de humo que por un momento cubrió el rostro de su amigo. Gonzalo no sabía qué decir. Varias veces había contado a su amigo alguacil sus amoríos con Isabel, el ama de llaves de la viuda de un banquero de la calle Alcalá. Llevaban casi seis meses de devaneos y, para unos novios talluditos como ellos, convenía ya aclarar su situación. El problema era que no tenía casa, ahorros o un futuro que ofrecerle. Durante años dilapidó su parco sueldo en vino, mujeres y mesas de juego, por lo que ahora se encontraba sin blanca.

–Esperemos a que venga el posadero y entonces tomaré una decisión –dijo Gonzalo.

–Entonces sólo queda aguardar a que el pájaro aparezca por su nido –aseguró con una carcajada Ramiro–. No tardará mucho.

\* \* \*

Una racha de aire gélido entró en la sala y disipó la nube de humo del tabaco. Los dos amigos volvieron la mirada hacia la puerta de la posada que dejaba entrever el patio embarrado donde se encontraban las cuadras.

Bajo la jamba de la puerta apareció un hombre regordete y bajito, encogido por el frío a pesar de llevar una gruesa capa negra. Lucía una expresión de cansancio que se transformó en sorpresa al ver a Ramiro a esas horas de la mañana y supuso que algo había sucedido en su posada. Durante un instante quedó paralizado, mientras en la sala entraba el olor a estiércol y el piafar de algún caballo de los establos.

–Cerrad, que nos congelamos –gritó el comerciante de telas.

El hombre se apresuró a entornar la puerta y dirigió una mirada de preocupación a la mesa donde se sentaban los alguaciles.

–Ése es el posadero, el hombre que esperábamos –indicó Ramiro, señalando al recién llegado–. Es nuestro turno de hacer preguntas.

El dueño del local, de una cincuentena de años, tenía el pelo ralo, nariz aguileña y ojos oscuros. Gonzalo observó sus grandes ojeras, que supuso producto de una noche de vigilia y esfuerzos en alguna mancebía.

–Bienvenido señor posadero, acompañadnos en nuestra ronda –le invitó Ramiro, levantándose de la mesa y haciendo un gesto para que se acercara–. Gonzalo, te presento a Juan Guzmán, propietario de este local.

–Decidme qué sucede para que contemos con la siempre grata presencia del señor alguacil en esta humilde casa –dijo Juan.

–Malas nuevas os tengo que dar, a pesar de que vos sabéis lo mucho que me pesa. Durante la noche un hombre fue muerto en vuestro local. El fámulo lo encontró al amanecer y nos ha hecho llamar, así que aquí estamos, tratando de averiguar algo sobre este asunto. No os tengo que explicar la importancia de vuestro testimonio para aclarar de alguna manera la cuestión.

–Me cuesta creer lo que decís –dijo el dueño, frotándose

sus gruesas manos—. Vos sabéis que mi casa es decente y sólo acoge a gente de bien.

—Lo sé, lo sé, Juan. La fama de El León de Oro se debe a vos. No es una de las más acreditadas posadas de la Cava Baja porque sí, grande es vuestro esfuerzo y mérito en haberlo conseguido.

—Sois muy amable, ya sabéis que me debo a los clientes —apuntó el posadero—, mi única preocupación es el descanso y contento de los viajeros que tienen a bien elegir esta casa. Pero decidme, ¿quién es el muerto?

—El hombre que ocupaba la última habitación del pasillo a la derecha. ¿Lo recordáis? —interrogó Ramiro.

Durante un instante guardó silencio mientras se acariciaba una gran verruga que tenía sobre el pómulo izquierdo.

—Ya caigo, podía haberlo adivinado. Mirad los hombres que hay ahora en esta sala —dijo señalando a los parroquianos—. Esos son los típicos asiduos de la casa: comerciantes, pretendientes, viajeros en ruta o gente de bien que acude a la corte a ultimar algún asunto o negocio. Sin embargo, él era otra cosa, un bicho raro.

—¿Por qué decís eso? —preguntó Gonzalo—. Hacía mucho que no le veía, pero era un hombre afable, bueno y cumplidor.

—Pues en todo este tiempo debió de cambiar mucho —respondió con seguridad el posadero—. El señor Alonso era uno de los sujetos más extraños que he conocido en mi vida y, como podréis suponer, en un negocio como el mío veo muchas caras y se conocen muchas personas.

»Cumplidor no lo niego, que nunca faltó al pago de cualquier cosa que hubiera menester, ya fuera viandas, carbón para el brasero o el aposento. En lo demás, ¿qué queréis que os diga? Bueno no parecía, aunque si os digo la verdad no recibí ningún daño de él. Pero lo de afable..., pocos hombres más ariscos he visto en mi vida.